

mero siguiente fue la distribución de premios entre los que durante el año habían asistido con más regularidad a las lecciones del catequista en los varios barrios y que más assiduamente habían oído misa y recibido la Santa Comunión. Dos niñas se llevaron los primeros premios bajo el aplauso general de la muchedumbre. El año que viene daré aun más premios no solamente a los niños, sino también a los adultos, y habrá unos premios para los hombres y otros para las mujeres y aun para los paganos; quién sabe: estas recompensas quizás atraerán

algunos infieles al bautismo. Así lo he prometido a la gente y todos lo han aprobado unánimemente. Pero, como se dice en inglés, "desgraciadamente he contado los pollos antes de ser empollados"... porque no tengo los premios y lo que es peor no sé como reunirlos si la Santa Providencia no me ayuda. Sin embargo una promesa es una promesa y es cosa sagrada; a ver cómo y por medio de quién la Providencia me libra del compromiso.

Respetuosamente,

Rev. M. De Brabandere.



Kinsadan

Por el Rev. Padre Michell, Bontoc.

QUE viejo parecía!... ¡Que viejo!... con sus cabellos, largos blancos como la nieve y flotando hasta las espaldas... ¡Que viejo parecía! con sus hombros encorvados por el peso de los años y los continuos asaltos de los días, porque su vida había sido dura así lo manifestaba la venerabilidad de su bella cabeza. Su cara, una cara de anciano, con la boca retrocedente sin muelas ni dientes, escondida debajo unas narices de águila, con la frente larga perdida en su halon de cabellos; su cara adornada con dos pendientes pesados que le alargaban inmensamente los lóbu-

los de las orejas; de veras parecía espléndida. Pero lo que daba aun más expresión a su belleza de anciano, eran sus dos pequeños ojos de esfinge, medio abiertos, medio cerrados, siempre brillando como chispas eléctricas y buscando atravesar las profundidades del alma. Aunque escondidos debajo dos párpados encarrujados en forma de triangulos, pero continuamente abiertos y vívidos, estos ojos típicos de Kinsadan revelaban inmediatamente todo su pasado: el viejo era la cabeza de su pobre pueblo. Si, durante muchos tiempo habia sido el jefe de todos sus compañeros, de los ancianos

como de los jóvenes y de todos los habitantes. Quizás, en los años pasados,—pero nadie lo mencionaba—algún día había traído a casa alguna cabeza humana de un enemigo, pero, lo repito otra vez, nadie lo revelaba: aquella cabeza era un trofeo glorioso.

Y sucedió que un día el gobernador de Bontoc le llamó a la capital de la provincia y allí recibió de las manos de su autoridad un bastón negro de caoba con puño de plata: la señal de la suprema autoridad en su pueblo y de nueva y la más alta dignidad. Desde aquel día no llevaba más su lanza aguda como en los tiempos pasados... le bastaba el bastón. Los habitantes del pueblo orgullosos de su jefe le admiraban profundamente y el viejo Kinsadan orgulloso de su dignidad no menos admiraba su pueblo de Sadangan.

Muchas veces, muchísimas veces, había venido a Bontoc y siempre visitaba la misión.

La última vez que yo ví a Kinsadan, fué al visitar Sadangan, su pueblo. Era un día majestuoso, como sólo se encuentra en un país tropical. Salí de Bontoc al amanecer el sol. Mi caballito, animado por la brisa fresquita que cantaba entre los montes y desfiladeros, galopaba alegre por el camino tortuoso, que obstinadamente sigue las curvas caprichosas del río Chico. De vez en cuando el silbido ansioso de algún pájaro espantado ó un grito inesperado procedente de alguna colina va-

riaba el silencio poético del paraíso terrestre que forma este rincón perdido de la subprovincia de Bontoc.

Había viajado media hora, cuando inesperadamente mi caballito algo espantado levantaba las orejas: había percibido un ruido monótono y continuo. Pocos momentos después, en una curva del camino, apareció un grupo de gente, todos hombres Igorotes, andando en fila, cada uno de ellos llevaba una lanza luciente, graciosamente batiendo el escudo como para animar la marcha. Ciertamente no tenían ningún aspecto feroz ó mal intencionado: sus caras francas estaban en contradicción evidente con la apariencia guerrera de sus armas: venían de algún pueblo vecino situado en la rivera al otro lado del río é iban a una montaña donde, para cumplir con el dictamen de sus supersticiones, ejecutarían un combate fingido para ahuyentar los espíritus malos.

Después de un saludo y un adiós cordial, nos separamos y poco a poco el ruido de los golpes sobre los escudos se desvaneció detrás las curvas del camino. Sin embargo el encuentro me había impresionado mucho: al seguir mi camino no pude rechazar la idea de cuantas almas creadas según la imagen de Dios vivían al otro lado del río pero muertas ante los ojos divinos, porque viven en las tinieblas del paganismo y de la ignorancia y hasta ahora no hay

quien los rompa el pan celestial ó les enseñe la "Via, la Verdad y la Vida."

Por la tarde llegué al pie del monte que esconde Sadangan. Un sendero estrecho, que se separa del gran camino, serpentea subiendo hasta la cima de la colina. Despacio, muy despacio empiezo la ascensión. De vez en cuando agarro la cola de mi bucéfalo y así me dejo arrastrar donde la pendiente es casi perpendicular. Por fin, sudando más que mi caballo y exhausto, llego a la cumbre. En el bajo de donde vengo, aparecen el camino y el rio como dos hilos blancos perdidos entre los montes y precipicios. Al otro lado del monte, pero como oculto por dos colinas, se extiende el pueblo de Sadangan en forma de un inmenso anfiteatro compuesto de arrozales que forman las gradas. Y allá, más lejos aun, en la cima de otra montaña, algunas casuchas revelan la existencia de otro pueblecito que se extiende en la ladera del gigante.

De los varios precipicios que me rodean suben continuamente unos murmullos de vez en cuando interrumpidos por una voz estridente que echa a los vientos su canto implorador: "¡tengao... tengao!" Conozco aquel grito monótono, le conozco muy bien: me traspasa el corazón: me anuncia la prohibición de entrar en el pueblo. En ciertas circunstancias, cuando por ejemplo un individuo ha muerto ó cuando se celebra al-

guna fiesta supersticiosa, los ancianos reunidos para deliberar deciden el "tengao", es decir un descanso forzado y general ó sea el interdicto a cualquiera persona de salir de la población etc. según la gravedad del motivo por el cual se decreta el descanso.

¿Qué? ¡Hay tengao! ¿Habré venido de Bontoc tan distante, subido aquel monte tan alto, solamente para poder contemplar desde lejos el pueblo que quería visitar? ¿Acaso es el demonio que muestra las orejas para burlarse de mí y mis esfuerzos?

Sin perder tiempo tomo una decisión: después de una oración a la Virgen, empiezo a bajar escondiéndome lo mejor posible detrás las matas y hierbas. Quizás llegaré al pueblo sin ser observado y entonces, una vez allá y estando con ellos, me dejarán quedar en el pueblo.

Habiendo llegado a unos doscientos metros de la capilla, inopinadamente algún cabecilla se presenta y me intercepta el camino.

—"Padre" me dice algo excitado y nervioso, "Padre no se acerque más, hay tengao; se prohíbe entrar en la población."

—"Tengao? Hoy?"

"Si Padre, hay tengao: mañana empezamos la cosecha del palay... No se adelante más."

Lo que el anciano no me cuenta es que si entro en la población tendran que repetir todas las ceremonias desde la mañana, y proba-

blemente a cuenta del intruso.

—“Oiga, amigo” le contesto, “vaya a llamar a Kinsadan y los demás ancianos. Quiero hablarlos. Pronto, aquí esperaré.”

¿Tendré que volver ó no? ¿Podré convercerlos? De ninguna manera estaba dispuesto a volver atrás... ¡Qué facil hubiera sido para los ancianos en el caso de que algún dia quisieran impedirme visitar su pueblo! Bastaría declarar algun **tengao** cuando me verían bajar el monte, y cediendo esta vez, siempre debería volver en este caso. ¡Ah, que se burlarían de mi candidez! Sin embargo era imposible entrar en el pueblo por ahora sin el consentimiento de los ancianos. Eso les indisponería contra mi persona y me cortaría para siempre el acceso a su pueblo, lo que significaba el rechazo de la religión; efectivamente la influencia de los ancianos es todopoderosa.

Unos cinco minutos más tarde, los ancianos—eran cuatro—casi de la misma edad, llegaron seguidos por Kinsadan. Todos y cada uno expusieron sus razones para impedirme ir al pueblo: no podía interrumpir el **tengao**; debía ir al otro pueblo más cercano; tal era la decisión de cada uno y de todos.

—“Padre” me dijo el mas pequeño de los ancianos, “Padre, el pueblo más próximo está muy cerca.” La cara del orador que probablemente nunca fué mojada y por consiguiente parecía más

b en la fisionomía de un angel caído, no podía esconder los maliciosos designios de su corazón pagano.

—“Padre” así continuó, “V. puede ir allá y volver aquí mañana y entonces podrá visitar todo nuestro pueblo y cada casa y espero que me visitará también; nos gustaria a todos recibirle bien. Pero,”—y el viejo insistió mucho en aquel malicioso “pero”—“pero si V. entra ahora en la población, los anitos, los espíritus de nuestros antepasados se enfadarán y toda la cosecha del palay será perdida. V. sabe que un día un empleado del gobierno ha entrado en nuestro pueblo durante el **tengao**, y V. sabe cómo su visita nos ha causado muchos daños... etc.”

Con la paciencia de un ángel, escuchaba sus razones como las de sus compañeros que tampoco faltaban, a las cuales de vez en cuando contesté con una sonrisa ó un movimiento de cabeza como para aprobar la lógica de sus palabras, sin ofender sus sensibilidades ó pundonor. Y hé aquí que alguien trajo vino de caña dulce ó “basi.” Para conformarme con las reglas de la urbanidad local, tomé un sorbito y pasé el receptaculo al vecino, sin mirar de cerca ni al contenido ni a la copa para no sublevar el estomago. ¿Quién sabe? El refresco quizás cambiará sus disposiciones más ó menos hostiles... y empecé mi contestación para refutar sus insinuaciones.

—“Vosotros habla’s de irme al otro pueblo, pero está muy lejos y en cima de aquel monte alto. Mirád al sol: está para ponerse; me es imposible llegar allá antes de la noche. ¿Por qué no me dejais entrar en vuestro pueblo? Mirád a la capilla: está en los límites de vuestra población: allí iré. Cuando estaba para construirla vosotros me dijisteis que siempre me permitiríais visitaros y ahora quisierais renegar vuestra promesa: quereis impedirme la entrada en la capilla. Allí está el gran Señor...”

—“Si, Padre, el gran Señor y los anitos...”

—“Si, y rogaré al gran Señor para que os dé abundante palay; diré para vosotros una buena oración para que mañana tengais una buena cosecha y veréis cómo la dará.”

—“Verdad, el gran Señor es poderoso” contesta uno de los cinco pero de un tono algo escéptico, “y el Padre también es poderoso y también puede pedir al gran Señor que nos castigue.”

El tiempo pasa: el sol está para ponerse. Sabiendo que gusta a mis oyentes ser llamados “guapos” les digo:

—“Mañana tomaré vuestras fotografías; vosotros sois los más guapos ancianos que jamás he vistos. ¿Pero que diré en Bontoc? ¿Que sois guapos pero no del todo afables?”

Y dije a la oreja de Kinsadan:

—“Mañana quiero hacer la fo-

tografía de V. solo.”

Tener una foto de su persona había sido el sueño de su vida; mi promesa cayó en la parte mas blanda de su corazón; estas pocas palabras interrumpieron su largo silencio observado hasta entonces.

—“Como el padre ha venido hasta aquí, no podemos despedirle”, arguyó Kinsadan, “ya le es imposible llegar hasta el otro pueblo: es tarde. Además él tiene su casa aquí, pues es como uno de nuestro pueblo.”

Estas pocas palabras terminaron el debate... Los últimos rayos del sol adornaban las cumbres de los montes con un halón de colores verdes, rojos y azules. De repente Kinsadan se levantó y juntos bajamos al pueblo. La Virgen del cielo había cortado un anillo de la cadena con que Sata-nas guarda esta gente esclavizada como su única propiedad hasta ahora, porque el **tengao** es uno de los más difíciles obstaculos a su conversión: estos paganos siempre y continuamente són atormentados por el miedo infernal de los anitos, o espíritus de los difuntos, que según ellos vuelven a sus paraderos pasados y que por consiguiente deben ser espantados ó al menos pacificados por las ceremonias del Tengao.

—*—

Kinsadan ya no está... Ha muerto después de una enfermedad de pocos dias, y solamente tres semanas más tarde supé la triste noticia, durante una visita

en algún pueblo vecino de Sabangan.

¡Pobre Kinsadan! ¡Tanto como me había ayudado! ¡me era tan favorable! y ha dejado este mundo quizás sin reconciliarse con su Creador. Porque nadie estaba a su lado, en sus últimas horas para iluminarle cuando las tinieblas de la muerte le rodeaban. Nadie estaba a su lado para repetirle las palabras que antes había oído del misionero. Habrá visto sin fruncir el entrecejo las muchas ceremonias hechas por sus hijos ó el mambunung (hechicero) para ahuyentar los espíritus malos que causaban su enfermedad y su muerte. Habrán amarrado su cadáver a la silla de muerte y durante algunos días los hombres, las mujeres y especialmente sus hijos habrán llorado y cantado sus lamentaciones en frente de sus restos, diciendo:

—“Ay, padre, tu nos has abandonado, ya no te veremos más. Tienes todo lo que necesitas: yo te doy una manta y un cinturón blanco; mi hermano te dá una manta blanca; mi hermano menor te dá una manta con un cinturón negro. Cada uno de nosotros te hemos ofrecido todo lo que conviene. Yo te doy un cerdo que matarán por la mañana; mi hermano te ofrece un cerdo para matarlo al medio día; y mi hermano menor te ofrece un cerdo para matarlo al anochecer. Te daré un cerdo cuando bajen tus restos a la tumba. ¡Ojala que tus hijos

sean fuertes y valientes! etc. etc.”

Durante dos días todos los presentes a las ceremonias habrán contado los famosos hechos del difunto hasta la bajada del cadáver en el hoyo de su último descanso. Siete días después todos los parientes reunidos habrán terminado las últimas ceremonias y el recuerdo de Kinsadan para siempre se desvanecera.

Hace pocos días fui a visitar de nuevo el pueblo de Sadangan. Bajando las laderas escarpadas del monte, me detuve un momento para contemplar el pueblo en donde aun reina el demonio con todo su poder infernal; hasta ahora sólo unos cuatro habitantes de Sadangan han sido bautizados cuando estaban en peligro de muerte, pero no pasaron a mejor vida.

De setenta a ochenta niños empiezan a aprender la doctrina y los rezos, pero que siempre la han olvidado cuando les visito de nuevo, y quizás ya antes de marcharme para volver, porque no puedo visitarles más que una vez en el espacio de dos meses. Sin embargo en cada visita, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, todos me suplican les diese un catequista; escucho sus peticiones, y les animo con la esperanza de que algún día tendrán uno, pero humanamente hablando, no sé cuando podré mandarle, si la Santa Providencia no escucha mis oraciones en favor del pueblo de Sadangan inspirando a algún bienhe-

chor que quiera sacrificarse por la salvación de estos centenares pobres paganos. ¿Desgraciadamente, cuantos hay como Kinsadan, y cuantos niños hay que mueren sin la gracia del bautismo?...

Kinsadan, unos momentos antes de morir, pidió un sacerdote,

así me contó uno de sus hijos. La Providencia es insondable en sus designios. A nosotros cristianos ha demostrado su amor privilegiado. ¿Cuando vendrá la hora de la conversión de los habitantes de Sadangan? ¿Cuando habrá un catequista que les enseñe?

Los Negritos en Congo

EL RDO. Padre Dr. Pablo Schebesta S. V. D. famoso explorador entre tribus de Negritos, después de una estancia de dos años en Congo, acaba de volver a la casa misión de Austria cargado de tesoros incalculables de etnología.

Tal como en su viaje de hace seis años entre los Negritos de las Indias Holandesas, ahora otra vez el activo y sabio etnólogo se ha dedicado al estudio de la raza primitiva negrita en los bosques del Africa central, en ambas riveras del rio Ituri que atraviesa el Congo Belga. Ha vivido con estos enanos siguiéndoles hasta en sus selvas casi impenetrables de donde nunca salen sino para buscar plátanos en los pueblecitos de los Negros.

La vida y las costumbres de los Negritos y especialmente su religión constituyen aun un misterio sobre el cual el Padre Schebesta acaba de dar valiosas informaciones en una conferencia publica.

Ved aquí como describió la ra-

za misteriosa:

“Los enanos del Congo no son Negros” decía, “no tienen la piel negra como los Negros y son diferentes de estos en la constitución y la estatura. Enanos feos, viven en la miseria. Son los hombres más pequeños del mundo; su altura en general no llega a más de cuatro pies y ocho pulgadas. Con sus barbas largas estos individuos parecen duendes de los cuentos de hadas. Tan grande es su miedo a los blancos que cuando estos extranjeros pasan por sus selvas, ellos nunca se muestran y se contentan de observar los transeuntes desde algún sitio escondido. Cuando observan a algún extranjero cerca de su lugar, en seguida se retiran entre las hierbas y matas y desaparecen como si la tierra les hubiese tragado.

Vivir así escondidos es para ellos muy fácil puesto que no construyen casas. Los hombres siempre llevan armas (arcos y flechas) y las mujeres llevan con-